

Cuando tenía doce años me dijeron que hacer una carrera de ciencias era la mejor decisión que podía tomar para mi futuro. Quise ser veterinaria, bióloga marina y geóloga; después lo olvidé. ¿A quién le había fallado? ¿Qué traicioné, realmente, cuando elegí las «detras»? Nunca lo supe. Simplemente seguí amando la forma de las rocas y las criaturas marinas: pero lo hice escribiendo.

A partir de la escisión entre ciencias y artes se abrió una herida que, dormida en mi interior, despertó la posibilidad del diálogo: Residencia Pastizal llegó como la evidencia de que no tenía que elegir.

*

Los tres primeros días llovió, nos quedamos sin luz, prendimos el generador eléctrico, leímos a la luz de las velas, recogimos leña para el fuego, nos dedicamos, cada día como un ritual inalterable, a preparar ensaladas con coliflor cruda, remolacha, zanahoria, espinacas: la comida fue una pequeña fiesta.

Pasé dos semanas tomando notas sobre la calidad del suelo después de la fumigación o el comportamiento de las aves endémicas. Hice muchas fotografías de los caballos, cada uno de sus gestos, y después escribí poemas en los que intenté darles las gracias por el silencio que sólo los caballos saben hacer. Los caballos hacen el silencio.

*

El proceso creativo en Pastizal estuvo lleno de sorpresas: el asombro es la fuente.

Nunca pensé que podía sacar la escritura del cuaderno. Tomar las palabras y llevarlas a un museo. Tomar las palabras y hacerlas vibrar en la voz de otras. Tomar las palabras para encontrarnos.

*

Estoy tan profundamente agradecida con las personas que hicieron posible Pastizal que todavía me cuesta elaborarlo. Un intento:

Gracias a Rodrigo, agroecólogo, que entre mate y mate nos animó a pensar prácticas de conservación territorial para hacer de la tierra el sustento de cada pequeña existencia.

Gracias a Coni y Rena, por su mirada micológica del mundo; por asomarnos al universo de los hongos y los líquenes con la pasión de quienes saben que la vida empieza en lo minúsculo.

Gracias a Ade por ser la guardiana sentimental, la tejedora de los hilos que nos unieron hasta el final. Y también por su fuerza.

Gracias a Maia por su capacidad conmovedora de crear un espacio de integridad y respeto, por gestionar cada detalle. Y también por su ternura.

Gracias a mis compañeras, Qoa, Roberta y Marie, por las conversaciones que nos acercaron y también por las prácticas cotidianas. Me inspiraron tanto, expandieron mi mirada, fuimos cuidadosas con la búsqueda de la otra.

Gracias a las personas de Pigüé que nos dieron calurosas bienvenidas justo cuando empezaba a llegar el frío.

Gracias a Panchi por la luna llena detrás de las sierras.